

ELENA MEDEL

Las maravillas



¿Cuál es el peso de la familia en nuestras vidas, y cuál es el peso del dinero en nuestras vidas? ¿Qué sucede cuando una madre decide no cuidar de su hija, y qué sucede cuando una hija decide no cuidar de su madre? ¿Habríamos sido diferentes de haber nacido en otro lugar, en otro tiempo, en otro cuerpo? En esta novela hay dos mujeres; María, que a finales de la década de los sesenta deja su vida en una ciudad del sur para trabajar en Madrid, y Alicia, que nace más de treinta años después y repite su camino por motivos diferentes. Sabemos lo que las separa, pero... ¿Qué las une? ¿Qué les pertenece, qué han perdido?

Las maravillas es una novela sobre el dinero. Una novela sobre la falta de dinero: sobre la manera en la que nos define el dinero que no tenemos. Es también una novela sobre cuidados, responsabilidades y expectativas; sobre la precariedad que no responde a la crisis sino a la clase, y sobre quienes —qué voces, en qué circunstancias— contarán las historias que nos permitan conocer nuestros orígenes y nuestro pasado. *Las maravillas* recorre las últimas décadas de la historia de España: desde el final de la dictadura hasta el estallido feminista, contado desde la periferia de una gran ciudad y en las voces —y en los cuerpos— de quienes no pueden manifestarse porque tienen que trabajar. En *Las maravillas*, a su manera una novela de aprendizaje, hay también pisos compartidos, líneas lentas del transporte público, raciones en bares con platos salpicados de aceite. Y de nuevo: la falta de dinero. Sobre eso trata esta novela deslumbrante, que ya antes de su publicación sedujo a algunos de los destacados editores internacionales y se encuentra en proceso de traducción al inglés, italiano, portugués, griego y neerlandés.

«Muy raramente coinciden el talento natural, la disciplina lingüística y la conmoción vital. Ese es el caso de Elena Me-

del, una de las grandes jóvenes poetisas de nuestra lengua, cuya primera novela despliega una historia de intimidades crudas, asperezas sutiles y luminosa tristeza, que trabaja a partir de la conciencia de clase con fuerza moral, precisión estilística y honestidad narrativa». (Andrés Neuman).

«Nació madura. La madurez y la complejidad de sus primeros poemarios daban miedo. Y envidia... Da la impresión de que, pese a su juventud, Elena lo ha leído todo y lo ha interiorizado todo con inteligencia. Transformando sus fuentes en algo original. Medel es una escritora que mantiene los ojos abiertos». (Marta Sanz).

Índice de contenido

El día. *Madrid, 2018*

La casa. *Córdoba, 1969*

El reino. *Córdoba, 1998*

La templanza. *Madrid, 1975*

El colgado. *Córdoba, 1999*

La batalla. *Madrid, 1982*

El sueño. *Madrid, 2008*

La abundancia. *Madrid, 1984*

La belleza. *Madrid, 2015*

La alegría. *Madrid, 1998*

La noche. *Madrid, 2018*

Sobre la autora

Clearly money has something to do with life

PHILIP LARKIN

EL DÍA

Madrid, 2018

Busca en sus bolsillos sin encontrar nada. Vacíos los del pantalón, también los del abrigo: ni siquiera un pañuelo de papel húmedo, arrugado. En la cartera apenas guarda un euro, otra moneda de veinte céntimos. Alicia no necesitará el dinero hasta el cambio de turno, pero le incomoda esa sensación de no tener apenas. Trabajo en la estación de tren, en una de las tiendas de chucherías y bocatas, la que está cerca de los aseos: así suele presentarse. En Atocha pagaría comisión en todos los cajeros, así que se baja en la parada de metro anterior para sacar en una oficina de su banco veinte euros que le brinden algo de tranquilidad. Con un único billete en el bolsillo, Alicia se fija en la glorietta casi vacía, en los pocos coches y los pocos peatones. Quedan minutos para que se aclare el cielo. Si se lo ofrecen, Alicia elige siempre trabajar por la tarde: le permite despertar sin hora, gastar la tarde en la tienda y regresar directa a casa. Nando se queja durante esas semanas, en el fondo casi todas; ella se excusa porque su compañera se lo pide: tiene dos niños y le viene mejor el otro turno. De esa forma libera las primeras horas del día y evita las tardes en el bar con los amigos de él —también los suyos, a base de rutina—, las tapas baratas, los bebés entre servilletas manchadas. Alicia pensaba que la maternidad ajena zanjaría la

costumbre, pero ellas se ausentan hasta que los niños se duermen, a veces regresan si comprueban el sueño profundo, y a Nando le defrauda que ella intente saltarse el ritual. Al menos dame eso, le pide. «Eso» significa unas veces invertir sus tardes en el bar de abajo, otras viajar con él a la excursión cicloturista de esa temporada. Él pedalea, ella avanza con las otras mujeres en un coche, Alicia considera que la palabra «esposa» nunca vinculó de forma más exacta el sonido al significado: durante esos fines de semana le escuece la piel de las muñecas, como por el roce del metal. Por la noche, en el hostel —las sábanas bastísimas—, Nando se muerde los labios y le tapa la boca para evitar que el ruido les delate, y al acabar le pregunta por qué evita siempre estos viajes, si le sientan tan bien.

De modo que día tras noche tras día tras noche tras día: unos calcados a los otros, sin una sola mañana en la que Alicia se finja enferma y decida pasear por la ciudad, sin una noche en la que la pesadilla de siempre no ocurra en su cabeza. Sus jefes —ha conocido a varios, siempre chicos antes algo más mayores que ella, ahora unos años más jóvenes, con la camisa dentro del pantalón— admiran que se mantenga años en el mismo puesto; algunos le preguntan si no se aburre de cobrar packs para el viaje, y ella responde que se siente feliz —lo valoran de forma especial: les reconforta la alegría suya, la de la vendedora de chocolatinas, Patricia te llamabas o no era así, eh, chica— y que con eso le basta. Uno de ellos quiso saber si Alicia no tenía sueños: si yo te contara, y pensó en el hombre que renquea, su cuerpo muerto girando sobre sí, pero el jefe de ese momento supuso en su cabeza apartamentos de lujo en el centro de la ciudad, meses en playas de aguas transparentes.

Opta por turno de mañana o de tarde sin modificar sus costumbres: si trabaja por la mañana, cada tarde recoge a Nando o espera a que avise con un timbrado, y se reúnen en el bar mientras lloran los hijos de los otros; si trabaja por

la tarde, invierte su tiempo de maneras más satisfactorias. Algunas mañanas se maquilla un poco —nunca sabe muy bien qué destacar: con los años se le acumula la grasa en las caderas y los muslos, ahí permanecen los ojos de rata que heredó de su madre, que su madre había heredado de su padre, o eso lamentaba el tío Chico—, camina hacia barrios que Nando jamás pisará, finge demasiado interés mientras toma café en un bar en el que aún no se incorporó la cocinera, ante el mostrador de una carnicería que cerrará dentro de un rato. Al principio se resistía con Nando en la ciudad, por miedo a que le descubriera, pero sucedió una vez: durante un papeleo en la Seguridad Social, un tipo que en la sala de espera se empeñó en contarle la novela que leía. Su cuerpo cada vez provoca en Alicia más vergüenza, así que no desperdició la oportunidad.

La glorieta de Atocha casi vacía, los pocos coches y los pocos peatones: quedan minutos para que se aclare el cielo. En la cuesta de Moyano, bajadas las persianas de los puestos, algunos puntos morados —las distingue de lejos, a las mujeres— apilando pancartas cerca del ti vivo. Ha escuchado en la tele algo sobre el día de hoy, pero enseguida se distrae, el semáforo cambia a verde, cruza a la estación, piensa en asuntos que le importan algo más.

María duerme bien, a pierna suelta. Al jubilarse guardó el despertador en una bolsa de plástico y lo colocó en la estantería de trueques de la asociación, para quien lo necesitase. Hacía años que no lo utilizaba —lo sustituyó, como todo el mundo, por la alarma del móvil—, pero le pareció un gesto simbólico, propio de una historia que ocurriese a otra: ahora que no lo usaré más, pensó, que sirva a alguien que sí deba madrugar, para que el objeto acompañe otra historia en la que alguien sale de casa cuando aún no amaneció. Casi siempre se despierta ella sola: le molesta algo de luz que se cuele entre las persianas, el ruido del agua en

la ducha del vecino. Hace meses que preparan el día. Ayer por la noche, María recibió un whatsapp de una amiga: «no puedo creer q haya llgado». En asambleas, en reuniones sectoriales, María corrige el entusiasmo de las jóvenes: toda mi vida, los setenta años que voy camino de cumplir, los he vivido para despertarme hoy, salir a vuestro encuentro, caminar con vosotras. En la asociación escucha: la que quiera que haga huelga de trabajo, la que quiera que haga huelga de consumo, la que quiera que haga huelga de cuidados. Que cada una escoja la forma que le venga mejor, porque todas nos sirven y aquí no estamos para repartir carnés de feminista. Se va a enterar mi marido si no se encuentra el plato puesto. Pues entonces, Amalia, le preparas una fiambrecita con potaje y que se lo caliente. ¿Ni eso sabe? La semana que viene curso de microondas, nivel usuario. Yo voy a trabajar porque el día de sueldo no lo puedo perder, pero me uno a vosotras por la tarde en Atocha. ¿Y los cuidados de una misma sirven? Antes de venir me pienso meter en la bañera hasta ponerme como una pasa. Pues claro, hoy cuidados para ti y cuidados para las demás.

En la tarde de ayer se citaron en la asociación: unas se ocuparon de preparar bocadillos para quienes salieran hoy a la calle a informar a las mujeres que salían del supermercado o que habían decidido acudir al trabajo; otras descartaban los piquetes, pero se acercarían a primera hora a la sede para comentar qué ocurría en otras ciudades, en la suya propia. ¿Oír la radio es huelga? ¿Mirar internet es huelga? Destaparon un molde envuelto en papel de plata y se repartieron un bizcocho. Habían horneado empanadas, las chicas prepararon humus y guacamole, una de las veteranas hundió la cuchara en el cuenco de barro, igual que con una sopa o una crema: así no se come el humus, las chicas se burlaron. Aquello le pareció demasiado moderno, y pensó en su madre, que vivió la guerra, y no habría malgastado la comida así: pero de dónde sois, del delta del Nilo o de Carabanchel, aquí en Carabanchel los garbanzos en el coci-

do. Mientras rellenaban el pan de molde con chorizo y salchichón, lo cortaban en triángulos, los envolvían en plástico, guardaban los sándwiches en el frigorífico para repartirlos al día siguiente, María enumeraba las huelgas y las manifestaciones en las que no participó: las de los setenta con Suárez, la de antes de las elecciones y las de después, y la del No a la OTAN, la del 85 por las pensiones, la huelga del 88 y las dos de los noventa, las de Irak y el No a la guerra, la de 2010, las dos de 2012 —la que se hizo aquí contra Rajoy, y la europea—, el tren de la libertad por el aborto. A las mareas, recuerda otra de las chicas, ya universitaria, a las manifestaciones de la Marea Verde viniste, y María comenta que en una de ellas le preguntó una periodista si se manifestaba por su nieta, señalando a la hija de una amiga, y ella no supo reaccionar y contestó que sí, que por su nieta y por todas las amigas de su nieta, y las chicas del grupo joven de la asociación saludaron a cámara, sin desmentir que fuese sangre de la sangre suya. María pronunciaba con familiaridad los nombres y apellidos de aquellos nombres que formaban parte de su biografía —Felipe, Boyer, Aznar— y que jamás tendrían noticia de una mujer de setenta y muchos años que había emigrado a Carabanchel desde un barrio a medio construir en una ciudad del sur; una ministra de Zapatero les dio un premio a las mujeres de la asociación, pero ella no lo recogió. Se entregaba por la mañana y ella no pudo pedirse el día.

Nando le ruega al menos dame eso, Alicia. «Eso» ya no incluye el matrimonio, con el que Alicia claudicó porque le aseguraba aquel piso triste en un barrio triste, ni los hijos; Nando ha asumido —casi— que jamás nacerán. «Eso» lo disfraza su marido en ocasiones de fin de semana con el club ciclista, bellos paisajes en mejorable compañía, o de algunos días más en la playa con su madre, con quien Alicia practica el sano ejercicio del silencio; «eso» se disfraza de

noche de sábado en la casa de alguna pareja de amigos, y de cena en algún restaurante del barrio. Alicia se metió en esto —«esto», no «eso»: Nando, vivir con Nando, casarse con él y adaptar su vida a la suya—, así que haberse negado a tener hijos le obliga a una cesión diaria: si quieres algo, debes ofrecer algo, y si te niegas a algo debes compensarlo. Alicia está a tiempo todavía: ¿y si le dijera que sí, que de acuerdo, y hubiera suerte y lo lograsen rápido, y dentro de un año anclasen a la cama una cuna de colecho para oír de cerca los berridos? ¿Cuánto le costaría a Alicia perder los kilos que ganase? ¿Sus jefes recompensarían que haya aclarado durante años que la hamburguesa no se incluye en la oferta, o le sustituirán por una chica diez años más joven, a la que cobrar una miseria le importe tan poco como a ella? Unas gotas de leche empapando el sujetador, la barriga descolgada. Le tocaría armar otra estrategia para romper el hielo, porque Alicia ya acepta a hombres demasiado mayores o demasiado tarados si no se cruza con nada mejor, pero teme que ni siquiera ellos tolerasen su cuerpo de madre: un cuerpo de madre no es el golpe de suerte de ningún hombre. Su cuerpo de madre, ¿Alicia lo imagina? ¿De qué forma cree que Nando recibirá que se le caiga aún más el pecho, que las estrías se le marquen por los muslos? Nando dejará de pronunciar su nombre, y cuando le hable —incluso en público— la llamará «mamá», como si Alicia hubiese vivido un parto doble. Antes Nando habrá rechazado el sexo, por miedo a frustrar de una embestida la mente brillante de su descendencia —otra ventaja para Alicia: que su transformación de esposa a madre le proteja del deseo de su marido—, y le habrá regalado infusiones para las náuseas de los primeros meses, y collares de dentición, y ropa de lactancia. Ella piensa en un bebé —llamémosle Alicita— que no existe, así que se regodea en la idea de Alicita, en lo que supone Alicita —¿tendrá sus ojos de rata o los ojos de Nando?—, y googlea: vestido evolutivo, camiseta tunecina, sus tetas en uno de esos sujetadores espantosos. Qui-

zá con suerte Nando se fije durante su embarazo en una de las chicas que trabajan en el almacén, en administración — suele hablarle de varias, simpáticas, preparadísimas: ella olvidó sus nombres—, y le deje en paz un rato, algunos meses, el resto de su vida. ¿Qué hará con Alicita entonces, si Alicita existe, si Nando se entretiene? En su primer impulso se le ocurre utilizarla para sus incursiones en la ciudad: que un hombre se les acerque con la excusa de ayudarle a plegar el carrito, que alguna carantoña propicie la conversación en el andén del metro. La niña qué tiempo tiene — Alicita vestidita de rosa, con sus encajes, dos perlitas en los lóbulos al poco de nacer—, y ella contestará con entusiasmo, e inventará alguna historia aprovechando que Alicita ni siente ni padece, no oye, le importa poco más que llorar y mamar y cagar y que la limpien: Alicita aparcada junto al paragüero, en un piso de Palomeras o de Las Tablas, mientras su madre lo hace con un desconocido que le pide el teléfono para verse de nuevo, y que durante semanas enviará fotos de su polla a un profesor de matemáticas en Cartagena, cuyo número coincide en tres o cuatro cifras con el de Alicia. No frena su carcajada, aunque le oigan los clientes: ¿y si Alicita retiene de esos encuentros alguna imagen, algún sonido? En los sueños del resto de la vida de su hija un cuerpo de mujer sobre un cuerpo de hombre, un cuerpo de hombre sobre un cuerpo de mujer, el gotelé de un piso que conserva muebles de treinta años atrás, alguien que pide que alguien baje, alguien que pide que alguien suba, de repente justo antes de despertar, Alicita descubriendo su rostro en el rostro de la mujer tumbada junto a un cuerpo del que no sabe nada y que la mujer desprecia, sudorosa, de verdad feliz por un instante.

¿Y en las reuniones de antes te encontrabas a muchas mujeres, María? Lo preguntó una de las casi adolescentes con inocencia, el rastro de la grasa roja de la muñeca a la punta

de los dedos; a María le llamaban la atención aquellas manos, dañadas ya desde pequeña, porque las miraba como el presagio de alguien a quien le tocaría usarlas más que la cabeza. Le asombraba el discurso de aquella chica —la hija de la hija de una amiga, reconoció María con un orgullo extraño— pese a su juventud, la forma rotunda en la que exponía lo que pensaba, su comprensión hacia quienes opinaban distinto, y a la vez le reconfortaba ese paréntesis en el que volvía a su edad: no me puedo creer que los hombres no te dejasen hablar. Yo iba siempre con los hombres de la asociación de vecinos, les explicó María. Me ennovié con uno a los cinco o seis años de llegar a Madrid. Le acompañaba a las reuniones para mejorar el barrio: entonces había muchas zonas complicadas, más que ahora, y se drogaban sin esconderse, en la puerta de mi casa, y no se conformaban con un tirón en el bolso sino que necesitaban más, y quedaban las chabolas, y más allá la cárcel. Teníamos la sensación de que al sur del río no existía nadie: nadie, claro, éramos nosotras. Empecé a pensar en lo que se hablaba en las reuniones, y empecé a apuntar algunos nombres de escritores que se mencionaban, ellos y otros hombres con los que yo tenía menos relación, en la asociación y en los bares donde tomábamos algo. De un escritor yo saltaba a otro, y a otro, y las conclusiones se las contaba siempre a este hombre, a mi pareja, Pedro se llamaba, y las debatía con él. Él las ponía en común a la reunión siguiente: qué listo, está hecho un catedrático, todos le admiraban. Yo callaba, porque en su voz sonaba mejor todo lo que yo hubiera dicho con la mía. Empecé a tomar café con algunas mujeres, con tu abuela, con otras amigas, en los salones de unas y de otras, en mi casa, y allí hablábamos de temas más nuestros, que a ellos les interesaban poco: el divorcio, el aborto, la violencia, no solo de golpes sino también de palabras. Tu madre empezó a recomendarme libros que le descubrían en la carrera, en la universidad, y seguí leyendo, y me di cuenta de que conforme más pensaba por

mi cuenta, más incómodo se sentía Pedro. Nosotras, tu madre y yo, hablamos; hablamos como hablamos todo el rato, desde siempre, y decidimos pedir permiso a la asociación para montar un grupo de mujeres. Imaginaron que nos cambiaríamos trucos de cocina, ropa que ya no nos entra: se instalaron aquí tu madre y varias compañeras suyas, y empezamos a molestarles. El ayuntamiento nos dejó un local, y nos lo quitó en cuanto protestamos por la falta de luz del parque; con dinero de aquí y dinero de allá alquilamos uno nuestro. Yo me mataba en aquella época: trabajaba de limpiadora en las oficinas, en Nuevos Ministerios, y regresaba a comer como podía, un bocadillo en el metro o un plato rápido sin ni siquiera sentarme, y alguna noche me escapaba para ver a Pedro un rato, pero creo que nunca me he sentido tan contenta. Ni ahora que no madrugo, que me paso el día en la asociación, y que veo que sois más las que ayudáis. Aquella fue la primera vez en mi vida en la que sentí que alguien me escuchaba, y que respetaba lo que yo decía. No porque quisiera acostarse conmigo, no porque desconectase y no oyese mi voz sino algo lejano que no identificaba, sino porque alguien me comprendía, estaba de acuerdo, creía que merecía la pena oír lo que yo decía por lo que yo decía. Hubo un momento en el que todo aquello, pensar y decirlo, hacer lo que decía, la asociación, me pareció mucho más importante que cualquier cosa que Pedro me propusiera. Él quería que viviésemos juntos, y me di cuenta de que aquello no tenía nada que ver con el amor. Yo no era María, alguien, sino algo, y algo de lo que él se sentía propietario: su piso, su coche, su esposa. Esta cicatriz —y señala su mentón, un rasguño que brilla en la piel blanca— me la hice al salir corriendo del autobús; tropecé, caí, y él ni se inmutó. Aguantamos un año más después de aquello. Así que no: nunca me encontré a mujeres como nosotras, quiero decir. ¿A qué te refieres, María? A mujeres pobres. Incluso para protestar hay que tener dinero.

LA CASA

Córdoba, 1969

El bebé huele a tabaco. Lo primero que llama la atención a María cuando toma a Carmen entre sus brazos es que huelan tan distinta al resto de los bebés. La hija de la vecina de sus tíos huele a veces a cebolla, aunque su madre intente engañarlo con colonia; en cambio, el niño de la casa —de la casa en la que trabaja, se corrige María; no de la casa suya, que no existe— nació algunos meses antes que su hija, y tiene un olor dulce. A María le cuesta explicarlo —¿qué significa «un olor dulce»?— porque nunca había conocido nada que se le pareciera, pero ahora lo identifica en las tiendas, en las cafeterías. La hija de la vecina juega con las cerolas por la tarde y el niño vive entre la cuna y el capazo en el salón; Carmen también recorre la casa a su modo, entre el dormitorio y los brazos de la abuela, sentada a la mesa grande. María se da cuenta de que quizá el olor a tabaco tenga que ver con su familia. En la cocina fuma su madre, fuma su padre a cada paso, y sospecha que su hermano Chico ha empezado a fumar en el dormitorio, confiando en que nadie le descubra. Carmen huele a tabaco; quizá piense María que su hija huele a casa de dos habitaciones, o quizá piense tan solo en lo extraño que resulta dormir ahí, con ella.